



## La risa y el plomo

En 'Se acabó el recreo', Dario Ferrari, pasa de la tragicomedia a la novela de formación –con las intrigas, las rencillas y las pequeñas miserias de las comunidades académicas– para construir un personaje indolente que aprende a decir «no»

RICARDO MENÉNDEZ  
SALMÓN

Ha conseguido el escritor italiano Dario Ferrari (Viareggio, 1982) con *Se acabó el recreo* algo así como la cuadratura del círculo: levantar una hilarante novela de campus, con las intrigas, las rencillas y las pequeñas miserias propias de las comunidades académicas (en el caso presente, el mundo de referencia es el de los doctorandos en Literatura), y hacerla dialogar con una conmovedora reflexión acerca de las estrategias de la violencia ejercidas tanto por el Estado como por los grupos revolucionarios de izquierda que convirtieron Italia, durante unos

cuantos años del último tercio del siglo pasado, en un polvorín.

El principal logro de la novela, ese diálogo entre el gatopardismo universitario y el intento de transformación del mundo a través de las prácticas terroristas, se sostiene en el hallazgo de una voz inolvidable, la del protagonista de la novela, Marcello, un hombre que, ingresado en su tercera década de vida, descubre que su mayor y más firme vocación es la abstinencia a la hora de tomar decisiones. Reacio a seguir en el negocio del bar familiar, embarcado en una relación de pareja tan plácida como previsible, sin ambiciones claras y esclavo de un peterpanismo memorablemente

descrito, Marcello recuerda a los *vitelloni* de la película de Federico Fellini que se conforman con dejarse llevar por el río de la vida.

El miedo al compromiso y la ausencia de objetivos son los pilares de una existencia tibia y complaciente. Pero ese *statu quo* saltará por los aires cuando Marcello solicite sin mayores esperanzas una beca de doctorado que, por azares deliciosamente descritos, finalmente acabarán por concederle. El objeto de investigación de esa beca será un paisano suyo, Tito Sella, quien, aparte de publicar unos pocos libros, participó en los años de plomo que sacudieron Italia como parte de un grupo denomina-

## De la normalidad al horror, solo un paso

Donald E. Westlake retrata el desgaste psicológico del desempleo, que puede llevar al crimen, en 'El despido'

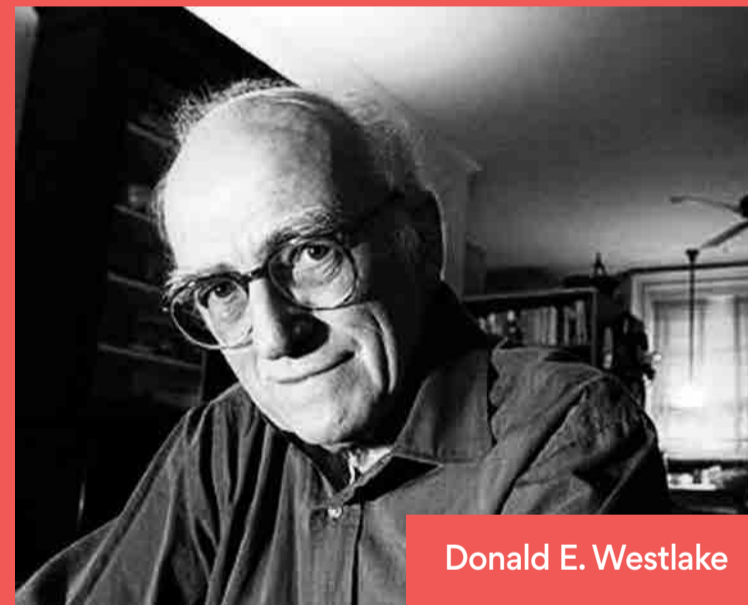
LUIS M. ALONSO

Empujado por la afición a la novela negra, seguí durante el pasado siglo a Donald E. Westlake (Nueva York, 1933-México, 2008), veterano autor de suspense que también

firmó bajo el seudónimo de Richard Stark. A uno de los protagonistas de su obra, Parker el antihéroe de *A quemarropa*, no cuesta identificarlo con Lee Marvin, el actor que lo encarnó en la película de John Boorman estrenada en 1967,

puro *hard boiled*. *El despido*, que también ha inspirado una película coreana reciente, *No hay otra opción* (2025), tiene poco que ver con esa efervescencia violenta descrita a mamporros, pertenece de lleno a una subclase del género de suspense que practica la disección social hasta extremos que podrían parecer disparatados a cualquiera.

La novela parte de una premisa tan absurda como inquietantemente plausible, la de un ejecutivo desempleado, incapaz de reinserirse en el mercado laboral tras años de experiencia, que decide eliminar físicamente a sus competidores para aumentar sus posibilidades de lograr un trabajo. Pero lo que en un primer momento pare-



Donald E. Westlake

## Cómo un lebrato llevó a su salvadora a bajar su ritmo vital

'La liebre y yo' es todo un hallazgo literario gracias a la emocionante manera en que Chloe Dalton, con un lenguaje atractivo y elegante, narra la relación que establece con el animal

FRANCISCO  
MILLET ALCOBA

Gracias a una escritura elegante e inteligente, y a una intuición que le permite convertir en atractivos esos temas que para otros son banales, Chloe Dalton ha hecho de su primer libro, *La liebre y yo*, un éxito de ventas sorprendente y rápido. Pero no casual o azaroso, pues ha sabido, con un tema aparentemente simple como es la adopción de un animal, montar una historia llena de belleza y emoción y darle un contenido admirable sobre el profundo vínculo entre una persona y un animal no dado a la domesticación.

El relato es aún más interesante, pues nos muestra cómo un lebrato

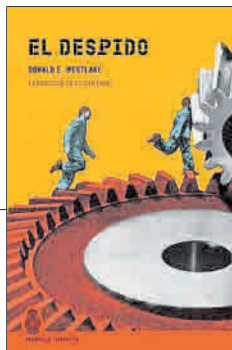
logró que la autora británica, acostumbra a un frenético ritmo de vida como asesora de política internacional, bajara su ritmo vital y cambiase su perspectiva de la vida.

Al comienzo de la pandemia, Dalton se retiró a su granja en la campiña inglesa. Allí, en un camino de tierra, encontró una cría de liebre abandonada. Tras intentar sin éxito entregar la cría a su madre, decidió criarla, pero sin intentar domesticarla ni mantenerla encerrada. La cuidó con esmero –cabía en la palma de la mano y pesaba menos de 113 gramos en su báscula de cocina–, permitiéndole deambular libremente por su casa y su jardín. La alimentó cuidadosamente con biberón y consultó con un veterinario

y un conservacionista, con la intención de liberarla en la naturaleza cuando pudiera sobrevivir sola.

Con poca información actualizada a su disposición, comenzó a descubrir muchas cosas por sí misma, a menudo, se percató de que el comportamiento de la liebre contradecía lo que hemos llegado a creer sobre ellas. Las liebres son animales salvajes por naturaleza y no permiten mucha domesticación. Dalton tuvo el privilegio de abrirlas las puertas de su granero reconvertido y su jardín amurallado, y nos muestra aquí una perspectiva única.

Pero si la escritora solo planeaba acoger al animal, la liebre tenía otros planes. Se aferró a ella y convirtió su casa en una especie de hotel privado



**El despido**  
Donald E. Westlake

*Muñeca Infinita*  
Traducción de Ce Santiago  
352 páginas. 24 euros



**La liebre y yo**  
**Liebréto**  
Chloe Dalton

Traducción de Celia Filipetto/ Ricard Gil  
Libros del Asteroide / Edicions del Periscopi  
256 páginas. 21,95 euros

La historia nunca pierde su agudeza humorística ni su capacidad para convertirse en un retrato nada complaciente de cierta masculinidad hoy en crisis

do Ravachol, en homenaje al célebre anarquista francés.

Ese tránsito de lo académico a lo existencial, la búsqueda de las fuentes vitales de un hombre que combinó palabras y hechos para intentar construir un presente más justo, provoca en Marcello una conmoción que le obliga a reconsiderar el conjunto de su estructura emocional, sin que por ello la novela pierda, en ningún momento, su extraordinaria agudeza humorística y su capacidad para convertirse en un retrato nada complaciente de cierta masculinidad en crisis. Pues, en realidad, lo que a Marcello le sucede es que, al descubrir a ese paisano suyo arrinconado por la



Dario Ferrari

memoria de su época, se le revelan, en buena medida, las costuras heridas de su propia vida.

Y así, *Se acabó el recreo*, que arranca como una tragicomedia ligera, acaba, mediante los paralelismos insinuados entre las vidas de Tito y Marcello, por convertirse en una notable novela de formación, cuyo tema capital no es otro que la dignidad, el derecho que nos asiste a decir «no» ante ciertas realidades, la capacidad de mudar el curso de los acontecimientos mediante nuestras acciones, y la obligada conquista de una mayoría de edad permanente a la que nos empujan los compromisos, grandes o pequeños, que vertebran y definen nuestras vidas.

ce una sátira negra llevada al extremo acaba transformándose en una de las críticas más feroces y lúcidas contra la precarización del individuo en el capitalismo contemporáneo. De hecho, anticipa muchas de las angustias de hoy relacionadas con la obsolescencia profesional, la competitividad exagerada y la deshumanización corporativa. Aunque fue escrita antes de la expansión de la economía digital y la hiperflexibilización laboral, su diagnóstico sigue siendo actual.

Burke Devore, el protagonista, pertenece a esa generación de trabajadores formados para creer en la estabilidad y el ascenso profesional, solo para descubrir que las empresas no sienten ninguna leal-

tad hacia quienes las sostienen. El mercado laboral aparece como un ecosistema salvaje donde la experiencia puede convertirse en un lastre y en el que la edad funciona como una condena silenciosa.

*El despido* trata de un hombre de mediana edad que ha perdido su empleo tras el cierre de la empresa donde trabajaba. Lleva meses enviando currículos, escribiendo cartas, llamando a contactos y enfrentándose a entrevistas humillantes sin resultado positivo. Westlake describe con precisión el desgaste psicológico del desempleo prolongado, la erosión de la autoestima, la sensación de inutilidad, el miedo económico y, sobre todo, la invisibilidad social. Burke

no es un marginado ni un psicópata evidente; es un profesional competente al que el sistema ha expulsado silenciosamente. Ahí reside el verdadero horror de la novela; su gran acierto consiste en que nunca presenta los crímenes como actos impulsivos nacidos de la locura.

Burke planifica cada asesinato con la misma lógica administrativa con la que antes organizaba proyectos empresariales. Investiga perfiles, rastrea candidatos, calcula riesgos y ejecuta operaciones con fría eficiencia. El crimen es una extensión monstruosa de la competitividad laboral. En un mercado donde todos luchan contra todos por un número limitado de puestos, lleva la lógica meritocrática

hasta su consecuencia más brutal: si los demás son obstáculos para tu supervivencia, eliminarlos dejará de parecer irracional.

La novela funciona en dos niveles simultáneos. Por un lado, es un thriller muy eficaz. Westlake domina el ritmo narrativo y administra la tensión con precisión de relojero. Cada encuentro entre Burke y sus víctimas está cargado de ansiedad porque ya sabemos que tras charlas normales se esconde una intención homicida. La narración en primera persona intensifica además la incomodidad moral. De repente nos vemos atrapados dentro de la mente del asesino, compartiendo sus razonamientos, sus dudas y justificaciones. En esa

mente opera una evidente razón social: Burke no mata por placer ni por codicia desmedida, lo hace porque tiene miedo a caer fuera del sistema, a perder su casa, su identidad y su lugar en el mundo.

Westlake retrata una sociedad donde el trabajo no es solo un medio de subsistencia, sino el núcleo de la dignidad personal. Cuando desaparece, también lo hace la sensación de existir. El desempleado deja de ser visible incluso para sí mismo. La ambigüedad moral de Burke vuelve perturbadora la lectura de esta novela que explica cómo la distancia entre la normalidad y el horror es a veces menor de lo que creemos. Westlake se encarga de que lo tengamos en cuenta.



Chloe Dalton

de larga estancia. Se subía a su regazo cuando quería el biberón, se sentaba debajo de su silla mientras trabajaba y dormía debajo de su cama, acurrucándose en un edredón.

Cuando acabó el confinamiento, Dalton regresó a Londres, pero se mantuvo tan fiel a la liebre como esta a ella. Observaba sus travesuras a través de una cámara mientras viajaba por EEUU tras convencer a su madre para que fuera a darle de comer su comida favorita: avena. Se dio cuenta de lo mucho que la liebre se había encariñado con su nuevo hogar tras un viaje de negocios a Oriente Próximo. En su ausencia, había dado a luz a tres crías en su jardín. Las liebres son una de las pocas especies capaces de superfetar.

*La liebre y yo* es una obra repleta de información fascinante obtenida mediante la observación minuciosa y la investigación. Aunque los conejos y las liebres pertenecen al mismo orden de animales, *Lagomorpha*, las liebres suelen ser el doble de grandes que los conejos. Las dos especies nunca se cruzan; de hecho, a diferencia de los conejos, las liebres pueden gestar dos camadas simultáneamente en embarazos consecutivos y superpuestos.

Es interesante leer sobre el efecto que tiene en Dalton tener un animal, sobre todo uno salvaje. Cómo cambia su día a día, pasando de vivir para su trabajo, que a menudo la lleva a misiones especiales en el extranjero. Cómo la liebre la hace re-

plantarse lo que quiere, su creciente cariño por el animal y cómo la hace más consciente de la naturaleza que la rodea, no solo de los animales, sino también de la vegetación y las estaciones, su creciente conciencia sobre cómo tratamos el medio ambiente y su deseo de ser una defensora del cambio, sobre todo en lo que respecta a la caza de liebres.

*La liebre y yo* es la historia de un viaje. Narra una relación extraordinaria entre un ser humano y un animal, reavivando nuestra admiración por la naturaleza y la vida silvestre. Su improbable vínculo de confianza nos recuerda que las experiencias más extraordinarias, las más esperanzadoras, a menudo surgen cuando menos las esperas.